

L a diferencia sexual y la clínica.

María Cortell

Psicóloga, Psicoanalista

Asociación de Estudios Psicoanalíticos de Valencia

Fundación Europea para el Psicoanálisis

RESUMEN

Comencé a tomar notas a propósito de este tema, para unas jornadas de clínica cuyo tema era la clínica y la diferencia sexual y, empecé a darme cuenta de cómo muchos de los avances en las biociencias están dirigidos hacia una clínica de la diferencia sexual. Lo cual parece ser lo mismo, pero cambia un poco pues tratar de curar las diferencias tiene a la vez un sentido milagroso o mítico, si recordamos a Hermafrodito; y también un sentido quizá siniestro en el sentido de borrar unos límites que son aquellos que empujan desde la naturaleza a una simbolización.

No se trata a estas alturas de poner en cuestión los términos de las igualdades civiles, sino de atender a ciertos ámbitos de la evolución de las técnicas de reproducción asistida que tienden a equivaler el deseo con la voluntad y que inciden, por tanto, en la manera de presentarse algunos elementos de nuestra clínica diaria.

En estos días en los que se habla de millares de embriones congelados sin destino, de comités de ética acerca del negocio de la clonación de órganos y de tantos temas en relación con la reproducción, aparece con más fuerza la ficción de la igualdad entre los sexos; enredándose términos absolutamente indiscutibles de igualdad ante la ley, con otros

términos algo más discutibles respecto de la posición sexuada. **Posición donde queda representado para la persona que hay dos lugares distintos y uno le falta al otro.**

Es decir, hay elementos de un sexo en el reverso del otro y una misma o uno mismo no acaba de estar completo sin algo del otro lado que, necesariamente, tendrá que buscar intentando nombrarlo; aunque esa ausencia de completud y la diferencia de sexos que la representa también se puede elidir, pero, esa elisión, en la clínica, se revela generalmente bajo la forma de la psicosis.

Aunque en el inconsciente lugar del que provienen los deslices los lapsus y los síntomas, quizá si tengamos, como en la perspectiva clásica, ese punto de fuga, aquel en donde la diferencia sexual sería paliada por la unidad del uno, o lo que es su consecuencia por la relación de perfecto acople entre el uno y el otro sexo.

PALABRAS CLAVE

Naturaleza; simbolización; Posición sexuada; Sujeto del inconsciente; reproducción asistida; Deseo; voluntad; alienación.

Cuando el Psicoanálisis vino al mundo hace ya más de cien años, hablar de la sexualidad de las mujeres, de los hombres o de los niños y niñas, era más o menos un escándalo, bien se tratara en mayúsculas, respecto al orden de los sexos o en minúsculas, respecto a los comportamientos amorosos, era impensable de igual modo. A Freud se le ha criticado por su pansexualismo y por el lugar que otorga a la sexualidad en el seno del psiquismo humano y a los psicoanalistas todavía se nos pregunta por qué dar una importancia en demasía a eso que sea la sexualidad o la libido y por qué incluir cuestiones sexuales allí donde pudiera haber cualquier otra cosa, como por ejemplo un gen o un rol.

Al tratar el tema de la sexualidad abordamos un campo que gira, en primera instancia, alrededor de los placeres de Afrodita y allí cada cual podría extenderse sobre sus realidades y sus fantasías, sus posibilidades y, cómo no, sus dificultades. Es decir, sexualidad también incluye las condiciones por las cuales no todo es placer, o bien, no todo placer es posible.

Ello se puede abordar terapéuticamente en el sentido de corregir lo que se desvió, según una pauta previa, o en el de enseñar lo que no se aprendió "como debe ser". Sin embargo, desde una perspectiva psicoanalítica, ese "debe ser", es algo que no está dado de entrada, el terapeuta no posee de antemano ese As en la manga, sino que se trata de una construcción, un resultado del proceso terapéutico, en el marco de la singularidad de cada caso. Lo cual es consecuencia de que el 'no-todo

REFLEXIÓN

placer es posible' se conjuga para cada persona de una manera determinada, y dicha determinación no es una imposición natural, ni social, ni siquiera educativa, sino que se establece a lo largo de los avatares de cada cual en su historia constituyendo su propia estructura subjetiva. Y los modos de gozar y las maneras de sentir la falta de un goce completo son lo que concierne a la sexualidad, que no se ciñe exclusivamente a la genitalidad ni a las maneras de conducirse con ella.

El término sexualidad comprende los movimientos de cada sujeto para tratar de relacionarse con sus objetos, entendiendo ese término como sujeto del inconsciente, es decir, gobernado por lo que desconoce de sí mismo y por el desconocimiento de las formas de relacionarse con sus objetos, que son objetos de goce en la medida en que le permitirían el goce de una cierta completud. La falta de completud es lo que queda reprimido y lo que se traduce en la búsqueda de objetos que la pudieran restaurar.

Así pues, se tratará de descubrir las vías regias por las cuales cada cual disfruta con unos y no con otros ingredientes y se nota impedido para disfrutar con unos y no con otros, adoptando diversas y sucesivas imágenes o identificaciones para ello.

Esos nudos de relaciones conforman la posición sexuada, femenina o masculina en la que cada uno se constituye más allá de la biología o de la Naturaleza. Y en ese sentido, la cuestión de la diferencia sexual se presenta como eje de esta reflexión. La diferencia de los sexos genera una tensión que no siempre se plantea de entrada como un problema relacionado con la genitalidad.

Hablamos aquí, a lo largo de este número 69, con guiño incluido, de diferencia sexual y de cómo los avatares de la posición sexuada conducen la vida de los sujetos y sobre ese tema me han surgido algunas preguntas, en la clínica a propósito de casos porque el tema

de la diferencia sexual no se sale de la clínica, aunque, para ello no sigamos el argumento de un caso.

igual que pudiera parecer extraño tratar del inconsciente, ya que nos han prometido el mapa genético, también puede llegar a parecer innecesario hablar de diferencia sexual pues nos han avisado ya de la clonación.

Si nos fijamos en los discursos que predominan en la sociología, en la psicología y en la moral, en todos esos discursos, lo que se impone, por distintas vías de la razón es hablar de la igualdad de los seres hablantes, dejando las diferencias, bien como ámbito de la biología o como anécdota o tropiezo de la educación o de la inscripción en una sociedad determinada. Es decir, o se divide el mundo en dos anatomías diferentes que han de avanzar hacia la igualdad pues el género es accidental, o se insiste en la división genérica (gender) como vindicación sociopolítica. Pero no se atiende al argumento de que la posición sexuada es fruto de una elección que inicia la constitución subjetiva, siendo una condición de la misma y no un obstáculo.

Quiero señalar con ésto, que al igual que pudiera parecer extraño tratar del inconsciente, ya que nos han prometido el mapa genético, también puede llegar a parecer innecesario hablar de diferencia sexual pues nos han avisado ya de la clonación. Y esas novedades, que poseen algunas ventajas, puede que tengan alguna desventaja cuya repercusión aparece en la clínica de la que tra-

tamos de dar cuenta. Lo que me pregunto es si no está sucediendo algo del orden de la igualdad de los sexos en su sentido más siniestro.

El Psicoanálisis, al menos el que procuramos discutir los que hemos leído a Freud, a Lacan y a algunos otros, sigue apareciendo como una teoría que surge de la clínica y que interroga a la clínica misma ("de la clínica a la teoría y vuelta") y este tipo de planteamiento sirve para esbozar algunos de los interrogantes que entran en la clínica y que hallan su respaldo en la teoría o no, ya que ésta aunque no carece de universalidad en tanto que paradigma, no es, sin embargo, una verdad revelada ni, por tanto, a la espera de una hermeneútica lúcida y capaz, sino que se va construyendo a la luz de las nuevas formulaciones de las preguntas que nos dirigen los pacientes.

Lo cual supone que los clínicos no tratemos de la verdad, pues ésta creo que sólo esta expuesta en la pregunta que no halla su respuesta y desde su enunciado podemos deducir que la verdad es el hecho de que no hay una sola respuesta. Es decir, no hay respuesta adecuada o, si se prefiere, no hay curación total de las preguntas. O sea que lo humano es que el enigma prosiga y se formule de una mil maneras. Y el primer enigma, que Freud halló en su minuciosa y exhaustiva búsqueda, es por qué hay diferencia entre hombres y mujeres y la vida se organiza en cómo atrapar algo del otro lado para borrarla y así calmar los efectos de una cierta incompletud.

El Psicoanálisis es una clínica del sujeto y la diferencia se adscribe en el artículo determinado que presenta la estructura. Cada persona, mujer o varón en el registro civil o en el del genoma, se sitúa, toma una posición masculina o femenina respecto a la interdicción que presenta el padre al asunto que el hijo o la hija mantiene respecto del goce con la madre, asunto del cual "el falo", -como término lógico-, es su trasunto, es decir el elemento cuarto que hace

revelarse como elementos a los otros tres. Creo que no confundir el falo con una parte de la anatomía del varón, es una de las cuentas que el Psicoanálisis tiene con respecto a su transmisión pues de esa confusión surgen los discursos que confunden a Freud con un darwinismo social respecto al pene por aquello de la envidia que sitúa el Edipo femenino.

Algunas de las críticas más contundentes e interesantes respecto del psicoanálisis en la actualidad provienen de los discursos feministas que toman el desarrollo edípico como un efecto de la estructura social es decir de la conjugación de los roles sociales que predominan en la estructura de parentesco patriarcal. Sin embargo hay que hacer notar que aunque cambien las estructuras sociales como de hecho han ido cambiando en la cultura occidental, no por ello se aplacan los efectos de la coexistencia de los sujetos. De modo que hemos de tomar en una referencia estructural la posición respecto a un padre que es sólo un lugar que aleja al hijo o la hija de ser el objeto de goce para la madre.

Uno de los puntos de partida que tuvo Freud, lo sabemos, fue escuchar lo que decían y buscar lo que no decían las histéricas de su época constituyendo así su teoría del fantasma o de la fantasía psíquica en la que cada una o cada uno se incluye y se sostiene.

Y uno de los debates más interesantes que el psicoanálisis vivió antes del de la formación de los analistas fue el de la sexualidad femenina.

Y en ese debate, alrededor de los años cuarenta uno de los elementos esgrimidos por las psicoanalistas, Helen Deutch, Ruth Mack Brunswick, y por Jones y por Freud era la difícil generalización de la resolución del Edipo femenino y la importancia de la fase preedípica en la mujer; llegando al planteo de la feminidad primaria y el deseo de hijo en Melanie Klein

Es decir, si Freud halló un escollo respecto a la castración y el Edipo feme-

nino, es porque allí donde podía plantear la bisexualidad, en relación con las pulsiones, le aparecía una lógica edípica disimétrica y le quedaba entonces por resolver la cuestión del superyó femenino. Sobre ese cruce se han ido distrayendo las críticas al freudismo como referido tan sólo a un orden patriarcal que es causante de la diferencia. Confundiendo ahí la diferencia social - prescindible-, con la división respecto a la posición sexuada, -no prescindible-.

Es interesante tomar en cuenta aquel debate al estudiar cómo evolucionan a la par el discurso sobre la igualdad de los sexos con el avance de la contracepción y las técnicas de reproducción asistida que dejan la maternidad y sobretodo la paternidad un poco cambiadas de lado. No es tan extraño, en ese sentido, que uno de los nuevos paradigmas del pensamiento findesiglo sea aquel de los nuevos hombres o, evocando a François Villon dónde está la masculinidad de antaño.

Algunas de las críticas más contundentes e interesantes respecto del psicoanálisis en la actualidad provienen de los discursos feministas que toman el desarrollo edípico como un efecto de la estructura social

Porque si algo cambió a lo largo de este siglo con respecto a la humanidad eso fue el lugar que las tecnociencias han tomado en relación con la maternidad tanto para controlarla y evitarla allí donde era posible y probable como para propiciarla allí donde era imposible por improbable. Y esa alteración, ese nuevo determinismo es lógicamente

algo nuevo que entra en nuestras clínicas y por lo tanto son elementos a contrastar con las teorías que manejamos.

La antropóloga F. Héritier explica que "la Naturaleza ofrece la diferencia, y la lectura de dicha diferencia produce este alfabeto simbólico universal que es la pareja masculino/femenino con el cual cada cultura construye sus frases". Por tanto un cambio sobre los elementos de la naturaleza cambia el sentido de las frases.

El pensamiento occidental se ha ido embriagando a lo largo de las últimas décadas con la idea de la igualdad y no me refiero a la igualdad de derechos civiles, pues ese es un tema heredero de la ilustración sino a la igualdad de los sexos.

Cada vez que se habla de igualdad de los sexos, sea como filosofía, como política, o como religión no se hace más que trasladar a una teoría lo que en la práctica se revela imposible. No quiere esto decir que la igualdad de derechos de los y las ciudadanas no sea un argumento útil y que se deba extender a una política civil y civilizada pero todo ello no cura de la diferencia puesto que la diferencia está inscrita para los sujetos al tiempo que la igualdad es alucinada. Por ello los cambios en los modos sociales no suponen necesariamente nuevos planteamientos respecto de la estructura aunque hay algunos que quizá generen nuevos determinismos.

Hace poco una muchacha me explicaba que ella, hija de una mujer lesbiana, notó en su adolescencia una fuerte atracción por la mujer a la cual amaba su madre; desde entonces ella misma se consideraba homosexual. Es decir el lugar que impide la unidad con la madre, el lugar que señala a la vez que la madre no está completa y que no lo está con su hijo y respecto del cual se despliega el fantasma, es el mismo lugar respecto de la madre aunque no se llame padre, con lo cual le podemos seguir llamando el lugar del padre por una cuestión de código y no de transcripción de la realidad.

REFLEXIÓN

Pero hay algo más en el padre varón, genitor que da la vida que concierne a la pregunta sobre la vida misma en su prosecución a través de las generaciones, y, por lo tanto, en principio no sería lo mismo un padre hombre que un padre mujer o un padre Ciencia.

Lo que queda implícito en lo que apunto es que la estructura se adapta y toma imaginariamente aquello que ha de dar un paso para ser simbolizado. También es cierto que la estructura se muestra de diferentes modos según prevalezcan unos u otros patrones sociales. Lo cual no dice que la estructura psíquica cambie, sino sus modos de presentación. Sin embargo, el cambio sobre las condiciones naturales sobre las que el sistema simbólico occidental se sostiene desde la época Clásica griega, quizá conlleve nuevas consecuencias sobre la estructura psíquica.

Y por tanto hemos de considerar algunas posibilidades de lectura del recorrido freudiano de la sexuación e insistir en la lógica que Lacan plantea respecto de la sexuación, - en *Encore y L'Étourdit* -.

En ese sentido quedar del lado hombre o del lado mujer es un avatar pero que no se da sin el otro lado. Es decir, si tomamos posición sexual fuera de la biología aunque naturalmente afectada por ella, dicha posición no es nada sin su lado opuesto, como señala J.C. Milner creerse hombre o creerse mujer es pura tontería pues un lado se define por que existe el otro y no como opuesto o complementario sino como deriva en la que uno puede caer desde su lado el que sea. Una mujer puede tener su vertiente masculina allí, en ese puerto, donde se detienen los efectos del penisneid, porque crea tener alguno de los emblemas del padre, (que le permiten tener algo de lo que la madre deseaba) y un hombre puede tener su vertiente más regresiva allí donde feminizado no puede hacer uso alguno de sus atributos en relación con un padre que quizá no le traspasa ninguno.

Femenino y masculino se conjugan de modo diferente porque la relación con el padre será diferente, y ello se expresa también en lo que se vaya a poner en juego en las relaciones sexuales, pero masculino y femenino no se agota ahí. Lo que Lacan facilita es una continuidad que permite leer dos lugares, que se sitúan articulados a la prohibición del incesto, es decir a la ley del padre pero que tienen la peculiaridad de que no existe el uno sin el otro, es decir no se podría hablar de femenino o de masculino en singular y como entidad pues para ambos sexos habría los dos lados, aunque la sexuación que es correlativa de la elección de objeto sexual marque dos posiciones en la estructura. Así tendríamos dos posiciones en la sexuación femenina y masculina, dos vertientes una contrabalanceando a la otra.

Porque si algo cambió a lo largo de este siglo con respecto a la humanidad eso fue el lugar que las tecnociencias han tomado en relación con la maternidad tanto para controlarla y evitarla allí donde era posible y probable como para propiciarla allí donde era imposible por improbable.

Si partimos de la "falta de objeto" (Semin. IV) como dimensión simbólica, es decir no hay un objeto que satisfice el deseo pues siempre estará tomado por el lenguaje, eso no lo inventamos los psicoanalistas para definir la

cuadratura del círculo sino para señalar cómo "ser dos" surge de la alucinación del "ser uno y completo" es decir del mito de no albergar falta alguna, es decir lo que surge para aliviar la presencia de la castración; lo cual es en Freud el límite para el goce y en Lacan la condición de que pueda haber un goce sexual. En cualquier caso la existencia de dos posiciones sexuadas hace que el hombre y la mujer, faltando el uno a la otra y viceversa sean dos sexos lo cual permite escapar a ambos de que uno sea el otro y ello promueve el enigma de lo que no se sabe y confronta a los sujetos a manejarse con su propia castración, a que algo falta, reeditándose una y otra vez la misma pregunta dicha de mil modos diferentes qué soy yo para el otro. Dichas preguntas recorren el pensamiento desde que hay historia y también la ciencia hoy en día está atravesada por esas preguntas.

Sin embargo, la separación producida por las biociencias entre sexualidad y procreación, presenta como uno de sus efectos dejar el deseo de hijo sometido a la voluntad, quedando el deseo como una expresión depurada de la voluntad en el caso de los tratamientos de esterilidad. La sexualidad desgajada de la fecundación implica que no es la relación hombre// mujer la que rige la procreación ni la diferencia de los sexos la que determina las encrucijadas del deseo, del amor, ni de la filiación, ni del orden de las generaciones.

Si la demanda dirigida al Otro lleva inscrita la marca de su falta ¿qué sentido puede tomar una respuesta siempre dadivosa del lado del Otro?. Cuando es el Otro, -en este caso las técnicas médicas y genéticas-, el que se adecua a la demanda de un hijo, lo que prevalece es la voluntad no el deseo. Y sabemos que la voluntad es la marca de la alienación.

Si la filiación se organiza al dictado de la voluntad, algo de la ley se tambalea porque la ley devenga su peso de la inexorable impotencia de la voluntad pero y si ya no es así entonces la técnica

ca se adelanta al derecho como de hecho está pasando y algunas de nuestras construcciones, de nuestras frases, se quedan también detrás, como los comités de ética corren tras los hallazgos de las nuevas caras de la oveja clónica.

Cuando no nos consideramos dueños de todo el saber sobre nuestros pacientes y no pretendemos que la terapéutica se resume en eliminar bajo cualquier concepto los síntomas, entonces podemos escuchar estas preguntas en nuestras consultas, y no se trata solamente de una nueva versión de las circunstancias a las que la estructura se acoge, sino que son modos diferentes de plantear la relación entre los sexos que quizá así con la probeta sí que existe porque ya no es del todo imposible. Se puede tratar de dar una vuelta por el narcisismo sin afrontar riesgo alguno más que los quirúrgicos. Como es el caso de muchachas homosexuales donde presentan de antemano su homosexualidad como un modo de desisti-

miento no respecto al padre, sino a la tensión edípica, y donde sus deseos de hijo saben que van a venir de la ciencia y a la carta. Una paciente me decía: prefiero mil veces una operación que una polla, sin embargo se angustia cada vez que sueña con hombres y da cuenta de ello al decírmelo ¿No será esa angustia signo del desistimiento?

Resulta complejo plantear todos los términos que quedan afectados en este avance hacia la igualdad que puede evocar en última instancia algún posible sueño hitleriano. Porque tratar de igualdades civiles es una manera de subrayar la desigualdad, la diferencia, pero si la diferencia se borra, el deseo queda sin agujeros, mero ejercicio de la voluntad, lo cual podría situar la tensión en otros términos más difíciles de soportar que los que provienen de la diferencia y de la incompletud de los sexos.

La clínica es algo más que poner parches y si nos proponemos escuchar lo que pasa vamos encontrando las nue-

vas presentaciones de los síntomas no sólo al dictado de manuales más o menos consensuados sino relacionadas con los argumentos que provienen de otras disciplinas que también abordan las mismas preguntas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- Freud, S. La Feminidad. Madrid: Biblioteca Nueva. Obras Completas.
Freud, S. La sexualidad femenina. Madrid: Biblioteca Nueva. Obras Completas.
Lacan, J. Aún, Seminario XX. Barcelona: Paidós 1981.
Lacan, J. El Atolondradicho o las vueltas dichas; en Escansión Nº1, pgs 15-69. Barcelona: Paidós 1984.
Lacan, J. La significación del falo en Escritos. México: Siglo XXI, 1983.
Rivière, J. Et al. La Femineidad como máscara. Barcelona: Tusquets.
Millot, C. Exsexo, ensayo sobre el transexualismo. Barcelona: Paradiso, 1987.
Héritier, F. Masculin/Féminin. La pensée de la différence. Paris: Odile Jacob, 1996.
Zimra, G. La passion d'être deux, le sexe inefable. Paris: Erès, Point Hors Ligne, 1998.
Agacinski, S. Política de sexos. Barcelona: Taurus, 1998.



DISTEST

DISTRIBUCIÓN DE TESTS PSICOLÓGICOS Y MATERIAL PSICOTÉCNICO: TEA Y MEPSA

Calle Bélgica, 24, 1º, 2ª. • Teléfono y Fax 96 360 63 41 • 46021 VALENCIA

- MATERIAL PSICOTÉCNICO
- INFORMÁTICA Y AUDIOVISUALES
- Tests
- MATERIAL DIDÁCTICO
- Bibliografía
- CURSOS MONOGRÁFICOS
- APARATOS ENURESIS
- BIOFEEDBACK

HORARIO: Lunes a Viernes, de 9 a 14 y de 16 a 19 h.